

Selecciones

El misterio del campanario

Martin Heidegger

Presentación, versión y notas de José Luis Cancelo

El misterio de la torre comienza en el hogar del sacristán, en la cama misma de Heidegger. Los «campaneros» —nos dice— llegan en la madrugada de Navidad a la «casa del sacristán». Heidegger se refiere a la casa de su padre, Friedrich Heidegger, sacristán de la iglesia de San Martín de Messkirch. Su madre, Johanna Heidegger, es «*Mesnermutter*», expresión que, para mayor claridad, traducimos por la «esposa del sacristán». Su hermano Fritz y el mismo Heidegger son «*Mesnerbuben*», los «chicos del sacristán». Todo en la casa de los padres de Heidegger está referido al sacristán. Lo realmente importante es el sacristán. Pero el sacristán es *de la iglesia*. Heidegger contempla su propia casa como una prolongación de la iglesia. Y en la iglesia está el misterio del campanario.

En la casa del sacristán, Heidegger "juega" a "decir la misa", contempla la conmoción religiosa profundamente vivida de su madre y el carácter silencioso, noble y comprensivo del padre en las discrepancias religiosas de sus conciudadanos¹. En la casa del sacristán se prepara con mimo el misterio de la Noche-Buena y Heidegger vibra con las emociones de Navidad. Una atmósfera espiritual y religiosa envuelve la casa del sacristán. El misterio de la torre comienza en el hogar del sacristán.

De San Martín, el Santo protector de la iglesia, de la cual su padre es el sacristán, recibe Heidegger su nombre el día del bautismo. Durante toda su vida Heidegger obsequió a su "santo" con frecuentes visitas a la iglesia de Messkirch, principalmente el «*Elfte-elfte*», el día once del mes once, el día de la festividad de San Martín, y se colocaba en el primer asiento del fondo del

¹ Más datos sobre los padres de Heidegger pueden verse en nuestro trabajo. *En recuerdo de Martín Heidegger. Un pensar en camino*. ARBOR, enero, 1977, pp. 24-28.

El misterio del campanario

banco de la izquierda, en el amplio presbiterio, frente al altar en el que se celebra la Misa cara al pueblo.

Heidegger evoca con simpatía la modesta dignidad del oficio de su padre. Y él mismo se recuerda con agrado como el hijo del sacristán, el monaguillo y campanero de la iglesia de San Martín². A Heidegger le agrada la dignidad que tiene lo sencillo. Le gusta más el camino campestre que la autopista, escuchar los golpes del hacha del leñador que los ruidos de las máquinas. Lo sencillo guarda el secreto de lo que dura. Lo simple, que brilla también en su tumba presidida por una estrella de ocho picos, es la estrella hacia la que su pensar se puso en camino. Y en toda su vida no hizo más que esto, caminar hacia ella. También el campanario es *un* camino hacia lo *Mismo*.

Heidegger reitera siempre que puede, que la cuestión del hombre no es una pregunta sobre el hombre. La apelación a una instancia superior al hombre para poder hablar de él, no solamente establece la absoluta trascendencia de la verdad respecto del hombre, sino que le convierte en un ser dependiente, subordinado, contingente y en el humilde servidor que la verdad *necesita*. También aquí, en este breve escrito que presentamos, el misterio no es el del campanario, sino el del Ser. El protagonista no es el campanario, aunque se mencionen y detallen cada una de las campanas y sus funciones. El punto central es el Ser y es su voz la que se escucha a través del tañido de las campanas anunciando las fiestas, comunicando la muerte o convocando a la oración. El campanario es solamente una "señal", una "advertencia". La

² Heidegger reconoció durante toda su vida la humildad y pobreza de su origen social y se sintió siempre deudor de esa sencillez: «Ich stamme aus einem armen und einfachen Elternhaus» «Procedo de un hogar pobre y sencillo», escribía en una carta a las autoridades civiles de Freiburg en 1945. Cfr. Hugo Ott, *Der junge Martin Heidegger. Gymnasial-Konviktszeit und Studium*, en "Freiburger Diözesan-Archiv", 104. Band, 1984. Verlag Herder Freiburg, p. 317. Heidegger recuerda también con satisfacción una anécdota relacionada con la iglesia y que le ocurrió siendo un niño. A raíz del Concilio Vaticano I, la comunidad católica de Messkirch experimentó en sí misma una dolorosa escisión. Los que no aceptaban, entre otras cosas, la infalibilidad del Papa, pasaron a constituir la iglesia de los "viejos católicos". La iglesia de San Martín pasó a manos de ellos. Los católicos tuvieron, entonces, que improvisar una iglesia acondicionando diez graneros, era una iglesia de emergencia (Notkirche) dedicada al Corazón de Jesús (Herz Jesu Kirche) y en la cual fue bautizado Heidegger el día 29 de septiembre de 1889. En 1895 la comunidad de los "viejos católicos" había disminuido tanto que se vieron obligados a devolver la iglesia de San Martín. El sacristán de los "viejos católicos", sin duda para evitar un encuentro molesto con el sacristán católico, Friedrich Heidegger, entregó, el día uno de diciembre, las llaves de la iglesia al mismo Heidegger, entonces un niño de seis años. A Heidegger le gustaba recordar, como una autoalabanza ingenua e inocente, este episodio: él, un niño de seis años, había recibido las llaves de la iglesia. Aunque Heidegger recordara a veces el caso, no pretendía con ello insinuar simbolismos impertinentes, sino sencillamente manifestar el agrado que encuentra en reconocerse como el hijo del sacristán y el honor que experimenta al sentirse portador de las llaves de algo tan importante como la iglesia. La sencillez y humildad de Heidegger aparece igualmente en el título original de este escrito. Heidegger quiere hablarnos "Vom Geheimnis des Glockenturms", quiere decirnos *algo* en torno al (*Vom*) misterio del campanario. No escribe como quien tiene la clave del misterio, sino como quien quiere contribuir y ofrecer su aportación a desvelar ese enigma. Por eso, una versión más ajustada diría "Contribución al misterio del campanario".

invitación y la voz viene de *dentro* aunque se escuche en el campanario. El hombre solamente es luz en la luz e irradiación del Ser, saltando a la verdad del Ser retenido en el interior del mismo. La iniciativa viene siempre del Ser. El campanario es uno de los caminos que nos conducen al Ser llamados por el Ser. Nadie puede llegar a la verdad si no es por la verdad misma. «*Niemand gewinnt es, der es nicht hat. Die es haben, haben es vom Feldweg*». Nadie, que no la tenga, la alcanza. Los que la tienen, la tienen por el Ser. Ponernos en el camino de la verdad es un don y un regalo de la verdad misma —nos repite también aquí en “El misterio del campanario”.

La verdad se manifiesta, pero permanece en el misterio. En este escrito se nos dice que se presenta «*stets gewandelt*», constantemente en camino y adquiriendo formas cada vez nuevas e irrepetibles (*unwiederholbar*). Estamos ante la maravilla del eterno retorno de lo Mismo en su devenir, del encanto estupefacto de las diferencias de lo Mismo, del devenir de lo permanente. El Ser es en sí mismo absoluto, pero su sentido cambia históricamente, epocalmente porque su relación con el hombre es *siempre* dentro del horizonte del tiempo. Habría que estar dentro del fundamento del Ser para poder comprender el cambio de lo permanente, pero esto es imposible, el Ser es impensable en su misterio. De él conocemos su luz y en su luz pensamos, hablamos, descubrimos su cercanía, su protección y su venida lenta y constante hacia nosotros. En su autodonación misteriosa de instantes amplios encontramos serenidad, hogar, paz, estabilidad en la espera hasta llegar a su manifestación última, en la que encontraremos su amparo insondable.

El último tañido de campana sonará en la «cordillera» del Ser (*bis zum letzten Geläut ins Gebirg des Seyns*). Así concluye *El misterio del campanario*. El lenguaje de Heidegger es alegórico. El Ser no es una “cordillera” como tampoco un “sendero en la campiña” (*Feldweg*) ni el “país natal” (*Heimat*). Todos estos términos son símbolos nominativos del Ser. En *Gelassenheit* leemos: «*Aus dem Boden der Heimat gedeiht ein Werk*», una obra próspera cuando crece sobre el suelo del país natal. El “país natal” no es, sin más, la patria y, menos aún, el lugar de nacimiento. El “país natal” es el Ser comprendido históricamente, que es el único modo de acceso al Ser que tiene el hombre. La imagen “Heimat”, ya se vierta como país natal, patria u hogar, es el Ser en su relación al tiempo y al espacio propios no solamente de la existencia de las personas singulares, sino también en relación al tiempo y al espacio propios de la existencia de un pueblo, una raza, una nación, la misma humanidad a través de sus generaciones. A todos ellos y a cada uno en su relación singular espacio-temporal, el Ser les dirige la palabra, una palabra lenta y larga, pero que constituye para cada cual el “país natal” y el “hogar”. El largo camino, la palabra larga, dice Heidegger, es el don y el regalo del Ser (*Heimat*). En este “hogar” prosperan las obras duraderas.

En *Feldweg*, refiriéndose también a las campanas de la iglesia de San Martín, comenta: «Lentas, como dudando, resuenan las once campanadas en la noche. La vieja campana (...) tiembla bajo los golpes del martillo de las horas...

Con el último tañido el silencio se hace más silencioso... Lo Simple se ha hecho todavía más simple». Heidegger salta, del silencio del último tañido, al Ser que, reduciendo al silencio, un silencio de plenitud, se manifiesta como lo Simple. Igualmente el "*Feldweg*", el camino que se adentra en la campiña, es el Ser en cuanto se destina al mundo y a su paso todo comienza a germinar y a tener una palabra.

Pues bien, en *El misterio del campanario* se nos dice que el último tañido de campana sonará en la "cordillera" del Ser (*ins Gebirg des Seyns*). ¿Qué quiere decirnos la imagen de la "cordillera" sobre el Ser? Tal vez quiera decirnos que, como la cordillera, el Ser es majestuosidad, grandeza, potencia, belleza, armonía, lejanía y proximidad, infinitud, serenidad, estabilidad, protección, alturas inalcanzables, silencio y evocación. El último tañido de campana sonará aquí, en este regazo hogareño y seguro del Ser. Pero ¿qué significa todo esto? ¿No es esta una forma de hablarnos y de reconocer el misterio que está más allá del tiempo, del espacio y de la muerte y al que nos llama el campanario? ¿No se está aquí rozando el misterio de la eternidad, esa gigantesca cordillera donde resonará para siempre el último tañido de las fiestas, de la oración y de la muerte, allí donde no habrá más que fiesta, alabanza y vida? Todo parece indicar que Heidegger reconoce y acepta el envío que el campanario hace a este misterio. La educación y vivencias religiosas que Heidegger adquirió en el hogar de la familia, un hogar cristiano, ocupado, además, con las cosas de la iglesia y escuchando con asiduidad la palabra del Señor, no solamente reviven en el Heidegger maduro como recuerdos nostálgicos de la niñez y adolescencia, sino que aquellas vivencias aparecen aquí, en *El misterio del campanario*, como realidades indiscutibles asumidas que se potencian, adquieren volumen y densidad en la mente del pensador. De chaval, Heidegger "jugaba" a "decir la Misa", pero lo hacía en serio. Todo esto podría venir en ayuda de nuestra interpretación³.

La duda, no obstante, sobre nuestra interpretación, siempre es posible. El Ser de Heidegger, en última instancia, no se sabe qué es. Para todas estas cosas el pensamiento heideggeriano está todavía en camino. Más aún, él nos dice, una y otra vez, que su pretensión es disponernos para pensar aquello que todavía está por pensar. Su reflexión filosófica es verdaderamente un "*Holzweg*", un camino en el bosque. No un camino que se interrumpe, ni un camino que no conduce a ninguna parte, sino un camino todavía no transitado y que no sabemos a qué meta pueda conducir.

Una cosa, no obstante, es cierta. El campanario nos sumerge en el misterio, sentimos la potencia y la serenidad de su latido, pero se nos escapa lo que es. Heidegger, como un camino que nos es familiar, para llevarnos, adentrarnos,

³ Remitimos, para mejor comprensión, a la versión y comentario que hicimos del "Discurso familiar" (*Tischrede*) que Heidegger pronunció con ocasión de la ordenación sacerdotal de su sobrino. Cfr. *Filosofía y Sacerdocio. Texto y contexto de un discurso familiar de Heidegger*. Revista Agustiniiana de Espiritualidad, 1970, pp. 409-425. Más impresionante aún es escuchar la unión con la que Heidegger leyó aquel breve discurso.

detenernos frente al misterio y poder mirar su rostro invisible. Hacer esto es hacer mucho. Misterio es precisamente eso, lo que se manifiesta y *al mismo tiempo* se oculta. Heidegger *señala* el misterio del Ser, ese misterio que muy vagamente presentimos en la Navidad, pero no nos *intro-*duce, no nos lleva de la mano y gradualmente *dentro* de él. Hacer esto es imposible. Heidegger sólo puede *indicar* el camino. El "salto" es tarea de cada cual.

Aristóteles solía decir que cuanto más viejo se hacía, más amante era de los mitos. El lenguaje alegórico y el lenguaje de los símbolos son lenguajes evocativos, no son el lenguaje de las definiciones. Los símbolos dicen lo real, pero sin encorsetarlo. Los mitos y los símbolos lo dicen todo. En el fondo no dicen nada y cada vez pueden estar diciendo algo nuevo. Esta es su fuerza. Heidegger la conoce y la utiliza consciente de que el pensador lo único que *hoy* puede hacer es despertar *al sentido* de la pregunta que interroga por el Ser y nada más. Este es el destino del Ser. *El misterio del campanario* nos despierta, una vez más, a esa pregunta. La pregunta no tiene respuesta. Tampoco en *Feldweg* las preguntas reciben una respuesta. Solamente se nos habla de una realidad prodigiosa, saludable y permanente, que se despliega de modo irreplicable y ofrece protección última. Ante su presencia nos lleva el campanario. Y sobre ella es preferible el "silencio conveniente" al "hablar precipitado".

La poderosa torre cuadrangular de la iglesia de San Martín de Messkirch se prolonga en un cuerpo octogonal, de espacios más reducidos, en el que están las esferas del reloj y se cubre con un casquete que recuerda un yelmo. Desde "*Feldweg*", desde el campo o desde el cementerio en el que reposa Heidegger, la torre toma el aspecto de vigía, en actitud modesta, pero celosamente sumido en su tarea. Todo lo que cae bajo sus ojos está protegido. Heidegger descansa *seguro*, a su tumba llega la mirada del campanario.

El misterio del campanario⁴

En las tempranas horas de la Navidad, hacia las tres y media, aproximadamente, de la madrugada, llegaban a la casa del sacristán los chicos encargados de tocar las campanas. La esposa del sacristán les tenía preparada la mesa con café, leche y pastas. La mesa se encontraba junto al árbol de Navidad, y un aroma de abetos y velas, todavía de la Noche-Buena, llenaba el cálido recinto. Durante semanas enteras, tal vez, incluso, durante todo el año los chicos gozaban pensando en aquella hora que habrían de transcurrir en la casa del sacristán. ¿Dónde podría estar oculto su encanto? Ciertamente no en aquello que «saboreaban» los chicos llegados a la casa tan de madrugada en la

⁴ Heidegger, M., *Vom Geheimnis des Glockenturms*, 1956. Hacemos la versión sobre el texto aparecido en *Martin Heidegger. Zum 80. Geburtstag von seiner Heimatstadt Messkirch*. Vittorio Klostermann. Frankfurt am Main, 1969, pp. 7-10.

noche invernal. Algunos hubieran recibido cosas mejores en sus propias casas. Era, sin embargo, lo otro, lo singular y distinto de la casa, lo desacostumbrado del instante, la espera del sonar de las campanas y la espectación de la misma fiesta. La emoción comenzaba en la casa misma del sacristán cuando los chicos, una vez saciados, encendían los faroles allí en el pasillo. Se iluminaban con restos de las velas del altar, que el sacristán recogía con este fin y guardaba en una caja de la sacristía. De ella cogíamos también nosotros, los chicos del sacristán, las «velas» para *nuestro* altar. Sobre él, como un juego tomado en serio, «decíamos la Misa»⁵.

Dispuestos y ordenados todos los faroles, los chicos, siguiendo al campanero mayor, emprendían la marcha penosa a través de la nieve y desaparecían en la torre⁶. Las campanas, sobre todo las grandes, se tocaban arriba, en la plataforma misma de las campanas. Era indeciblemente emocionante al «balanceo» previo de las grandes campanas, cuyos badajos, mantenidos fijos con la cuerda de la campana, se les «soltaba» sólo cuando la campana se encontraba en pleno bamboleo. Esto requería, sin duda, una destreza especial. Se hacía así para que cada campana comenzase a sonar con sonido lleno una tras otra. Solamente un oído experimentado podría apreciar si en cada momento el sonido era el «exacto», pues también para terminar se hacía de la misma manera, pero a la inversa; es decir, los badajos eran «apresados» uno tras otro en pleno balanceo de las grandes campanas, y ¡ay! si el campanero cometía entonces la torpeza de dejar «circular» la campana⁷.

Tan pronto se habían extinguido las campanadas que anunciaban las cuatro de la madrugada del día de Navidad, comenzaba a sonar la campana

⁵ Aquellos momentos debieron ser verdaderamente emocionantes. Fritz Heidegger recuerda que los chicos comenzaban ya a las dos y media de la madrugada a corretear por la plaza de la iglesia para estar a tiempo y no perderse la entrada. M. Heidegger nos dice aquí que la emoción cogía propiamente temperatura en el momento en el que encendían los faroles en el pasillo y preparaban la marcha hacia la torre. Era costumbre, sobre todo en los tiempos de la niñez y adolescencia de Heidegger, que los niños de los hogares cristianos "jugasen" a decir la Misa o rezasen oraciones ante *su* altar, un altar que ellos mismos componían para el momento en la casa, simulando, además, con apañados ropajes, ser sacerdotes. Heidegger, como un chaval más, hacía lo mismo, con la ventaja de que, al ser el hijo del sacristán, disponía de más medios.

⁶ La distancia que separa la casa del sacristán de la entrada de la torre es, aproximadamente, de unos treinta metros.

⁷ Hemos preferido traducir «fahren» (viajar) por «circular». Nos parece más adecuado. De todos modos, el término «fahren» pertenecía al "argot" de los campaneros. Con ello querían significar el retintineo y falsos tañidos que se producían cuando el badajo no era detenido bien. Se decía, entonces, que se había dejado «circular» la campana. Era todo un arte conseguir que las campanas dejaran de sonar una tras otra sin producir sonidos huecos o mediotañidos. El pueblo, sobre todo los jóvenes deseosos de llegar a ser campaneros, estaban al tanto de los posibles fallos. Ser campanero era algo especial y daba cierto prestigio. Heidegger dirá más adelante, refiriéndose, sin duda, a su destreza, que los campaneros eran un grupo especial. En la iglesia de San Martín, las campanas, todas ellas relativamente grandes, no se volteaban, sino que se balanceaban. La campana grande requería cuatro campaneros. Las demás, tres o dos. El número total oscilaba entre quince y veinte ya que eran siete las campanas. Todos ellos estaban pendientes del campanero mayor, quien transmitía a cada grupo las órdenes precisas para comenzar o terminar.

más pequeña, «la Tres» («das Dreie»), que todos los días había que tocar a las tres de la tarde⁸. De ello se encargaban los chicos del sacristán y, por eso, sus juegos después de comer, se veían siempre interrumpidos. Jugaban en el jardín ducal o en el «puentecillo del mercado» («Marktbrücke») delante del ayuntamiento. Muchas veces también, sobre todo en el verano, los chicos iban a jugar a la plataforma de las campanas o al recinto más alto de la armadura de madera de la torre, donde están las esferas del reloj, allí donde hacían sus nidos grajos y vencejos. «La Tres» era también la campana con la que se tocaba a muerto. Con ella se daba «la señal». De «tocar la señal» se encargaba siempre el sacristán mismo.

Al comenzar, pues, a las cuatro de la madrugada el «sonar del sobresalto» (el que despertaba de sobresalto a los que dormían en la pequeña villa), a «la Tres» seguía el sonido oscuro-dulce de «Alve». Después entraba en juego «la de los Niños» (das «Kinde») (la campana que llama a niños y jóvenes a la catequesis y al rosario). Luego la «Once» (die «Elfe»), que se tocaba también diariamente y de la que se ocupaba, por lo general, el sacristán ya que a esa hora los chicos se encontraban en la escuela. Luego la «Doce» (die «Zwölfe»), que igualmente todos los días se encargaba de dar las doce. Luego la «Klanei» sobre la que golpea el martillo de las horas. Y, por último, «la Grande» («die Grosse»). Con su tañido lleno y grave, que se expandía en la lejanía, concluía el sonar de campanas en la mañana de las grandes festividades. Seguidamente comenzaba el toque de campana que convocaba a la “Misa de Angeles” (Engelamt)⁹. Este mismo sonar de todas las campanas y su orden también se

⁸ Heidegger comienza ahora a nombrar las campanas y a referir el orden en el que cada una de ellas entraba en acción hasta llegar el momento en el que todas sonaban y se producía «el sonar del sobresalto» («das Schreckeläuten»), el que despertaba a todo el pueblo a las cuatro de la madrugada. Para dejar de tocar las campanas, el orden era el inverso del que ahora se relata. De ahí la maña y el arte de los campaneros.

Los nombres de las campanas aluden generalmente a las horas, pero se expresan con términos del dialecto suabo o con palabras que los mismos campaneros alteran o inventan, lo que constituye una dificultad para su traducción. Así, la campana «das Dreie» («la Tres») se la denomina de este modo porque tocaba todos los días a las tres de la tarde. «Die Elfe» («la Once») lo hacía a las once, etc. Mayor dificultad presenta la campana llamada «Alve». Posiblemente su nombre esté relacionado, más que con la salutación angélica «Ave María», con la oración llamada «Salve» y que en latín reza «Salve Regina». La superación de la «S» inicial, por parte de los campaneros daría «Alve». Se desconoce igualmente el motivo para llamar «Klanei» a la otra campana. Presumiblemente el nombre lo recibe del «clan» (Klang: sonido, tañido) que se produce al golpear pausadamente sobre ella el martillo de las horas. No se excluye tampoco que se trate de una alteración y dialectización de la palabra latina «clangor» (-oris), clangor. Por todo ello, hemos preferido mantener en el texto los nombres originales «Alve» y «Klanei». El sonar poderoso de las siete campanas impresionó al Nuncio Eugenio Paccelli, más tarde Papa Pío XII, cuando en 1929, acompañado del arzobispo Dr. Conrad Gröber, natural de Messkirch, visitó esta villa. Aquel concierto de campanas celebrando las grandes festividades de la Iglesia le pareció «digno de una catedral» («einer Domkirche würdig»).

⁹ Se sabe que en Ertlingen el «sonar del sobresalto» («das Schreckeläuten») no era tanto el que despertaba de golpe, en el profundo silencio de la noche, a los pacíficos ciudadanos como el que sobresaltaba y ahuyentaba de terror al mismísimo Diablo. Según una hermosa creencia

escuchaba siempre, por las tardes, en las Vigilias de las festividades, y allí estaban los chicos del sacristán las más de las veces, a pesar de que ellos desempeñaban su servicio como acólitos y, naturalmente, según la edad pertinente, como acólitos mayores. No pertenecían a los «campaneros», aunque presumiblemente habían tocado *más* que ellos¹⁰. Los campaneros constituían un grupo especial de muchachos.

Además de las siete campanas mencionadas, pendía sobre la última escalera, que conducía al recinto de las campanas, la «plateada campanilla de la Misa» (das «silberne Messglöckle»). Su delgada cuerda recorría la torre entera hasta la entrada de la sacristía. Al llegar el momento de la consagración, el sacristán, a través de esta campanilla, comunicaba a los compañeros que se encontraban en lo alto de la torre, la «señal» del comienzo o cese del sonar de las campanas.

Tampoco faltaban los chicos del sacristán en los días de las «matracas» (die «Rätschen»). Las campanas enmudecían desde Jueves Santo hasta el atardecer del Sábado Santo. Era entonces cuando entraban en acción las matracas para llamar a los oficios religiosos y a la oración. Una serie de martillos de madera, accionados con una manivela, golpeaban sobre dura madera, produciendo un ruido apropiado a los austeros días de la Semana Santa. El matraqueo se llevaba a cabo en las «barandillas» («Gätter») y se hacía de tal manera que la matraca, accionada por los muchachos, cada vez uno y por turnos, se ponía en

popular, admirable por su sentido simbólico, cada tañido de campana en la madrugada de la Navidad traía a la memoria del Demonio aquellos luminosos «Aleluyas» entonados por los Angeles en el nacimiento del Redentor. Sobrecogido de pavor por tal recuerdo, el Diablo no paraba en su huida hasta encontrar refugio en el Infierno, del que se le permitiría salir una vez cantado el «Gloria» en la Misa. En su carrera despavorida hacia el Infierno el Diablo lanzaba al aire salvajes bufidos y gruñidos, perdiendo todo su poder sobre la tierra. (Cfr. *Badische Heimat*, Heft 3, September 1988, Jahrgang 68, p. 417). Es posible que también en Messkirch el «tañido del susto» tuviera igualmente este significado. En la madrugada del día de Navidad se celebraban entonces dos Misas, la "Misa de Angeles" (Engelamt) y la "Misa de los Pastores" (Hirtenamt). La "Misa Solemne" (Hochamt) tenía lugar por lo general, a partir de las nueve de la mañana. Después del «sonar del sobresalto», los veinte campaneros descendían rápidamente a la casa del sacristán. A las cuatro y media, seis de ellos subían de nuevo a la torre y con la campana «Grande» daban la primera señal convocando a la «Misa de Angeles». De ordinario se quedaban en la torre calentando sus manos, entumecidas por las heladas cuerdas de las campanas, con un fuego preparado con cera en una vieja aspillera. Poco antes de las cinco sonaban una vez más todas las campanas y con ello daba comienzo la «Misa de Angeles». En el «Archivo de Heidegger», que se encuentra en el ayuntamiento de Messkirch y que dirige con calor y entusiasmo el ex-rector Konrad Reinauer, pueden consultarse más datos en torno a la historia, vicisitudes e inscripciones de las campanas de la iglesia de San Martín.

¹⁰ Heidegger aclara, en el mismo texto, que el término «gelitten» es la forma suaba de «geläutet» (tocado). La aclaración es necesaria, pues, aunque Heidegger emplea la expresión suaba con intención claramente costumbrista, siempre se podría hacer derivar «gelitten» de «leiden», que significa «padecer», «sufrir». Este matiz es imposible verterlo al castellano. El texto original dice así: «Sie gehörten nicht zu den "Läutern", wengleich sie vermutlich *mebr* "gelitten" (schwäbisch für "geläutet") haben als die Läuter...», p. 9.

movimiento y se la hacía sonar en las cuatro esquinas, comenzando por la que está frente al ayuntamiento¹¹.

Por este tiempo se insinuaban ya sobre la campiña los primeros vestigios de la primavera. Esperanzas extrañamente oscuras soñaban, ante la expectación del verano, con el amplio horizonte dominado por la torre.

Aquella misteriosa fuga, en la que se entrelazaban las festividades de la iglesia y sus Vigilias, el curso de las estaciones del año y las horas de cada día, las de la mañana, mediodía y las de la tarde, evolucionaba con tal ritmo que un tañido de campana penetraba permanentemente los jóvenes corazones, los sueños, las oraciones y los juegos. Es indudablemente ella la que porta en sí, protege, oculta y conserva (*birgt*) uno de los misterios más encantadores, saludables y duraderos del campanario, y nos lo regala como algo que está constantemente en camino, se despliega y crece (*stets gewandelt*), irrepetible, hasta llegar al último tañido en el interior del amparo insondable del Ser (*ins Gebirg des Seyns*)¹².

¹¹ «Gätter» es la forma suaba de «Gitter», reja, barandilla. La torre cuadrangular de la iglesia de San Martín remata en un balcón con barandas de hierro que la recorre sobre sus cuatro lados. Las matracas se accionaban en las cuatro esquinas que forman las barandillas del mirador, comenzando por la esquina que da directamente al ayuntamiento. Confeccionadas todas ellas en madera, las matracas tienen forma alargada y disponen, al menos las que aún hoy se pueden observar, de cuatro a seis martillos de madera, que accionados por la manivela, golpean sucesivamente. Su construcción es sencilla y, aunque un tanto incómodamente, una sola persona puede sonarlas.

¹² Heidegger preocupado obsesivamente de que una palabra tan importante como el término "Sein" (Ser), se entendiera siempre en el sentido propio que él le da, comenzó a escribir "Sein" con "y", es decir, "Seyn" para fijar la atención del lector. Con la misma intención y deseo de resaltar la correlación mutua e inseparable del Ser y la esencia del hombre, comenzó a trazar un "X" sobre la palabra Ser, así ~~Sein~~. Estos usos los mantuvo sólo algún tiempo.